

ECUMENISMO EN LATINOAMERICA

M. SANTIAGO S. I.

Si en cada país europeo el ecumenismo presenta aspectos y problemas diferentes, esto es particularmente válido cuando se compara la situación del ecumenismo en Europa y en América.

En Europa las iglesias salidas de la reforma están constituidas en grupos, generalmente numerosos, bien estructurados y con una teología definida. Entre estas iglesias y la Iglesia Católica no existe ya esa lucha abierta sino más bien sus relaciones son francamente amistosas especialmente a partir de la segunda guerra mundial.

En Latinoamérica el cuadro es por el contrario bastante distinto.

Dificultades para el ecumenismo

Por lo general el protestantismo en este continente es de origen norteamericano, nacido ya no directamente de la Reforma, sino a través de una serie de personalidades fuertes que pretendieron reformar sucesivamente sus comunidades en crisis, basándose sobre todo en la revelación personal (en Chile, por ejemplo, el 88 por 100 de los protestantes son de tendencia pentecostal). Este hecho es el origen de esa *disgregación atomizada de pequeñas comunidades*, que con un mínimo de doctrina definida, enseñan más bien una moral austera, basada en interpretaciones más o menos literales del Evangelio.

A todo esto se une el que la mayoría de estas comunidades protestantes en Latinoamérica no forman parte del Consejo Ecuménico de las Iglesias, e incluso algunas son opuestas a la existencia de este organismo. No están sujetas, por lo tanto a la influencia ecuménica de este Consejo sobre las iglesias miembros.

Las semejanzas que les unieron con las primeras comunidades de la Reforma han ido disminuyendo; los elementos comunes se han ido perdiendo. Este creemos que es uno de los principales obstáculos para el ecumenismo en Latinoamérica.

Otra dificultad, esta vez de parte de los católicos, radica en la *ignorancia* de lo esencial del mensaje cristiano, en la insuficiente evangelización de la gran masa que se contenta con un cristianismo reducido a unas prácticas religiosas impregnadas, no pocas veces, de una buena dosis de superstición. En esta situación el católico no es capaz de captar el valor ecuménico ya que apenas ha captado el valor cristiano, y todo contacto con los otros grupos religiosos o le vuelve indiferente y ecléctico o, por el contrario, abiertamente hostil.

La tercera serie de dificultades que encontramos en el camino hacia el ecumenismo en Latinoamérica es la *mutua hostilidad congénita*. Por razones históricas desde el establecimiento y organización de las diferentes comunidades no católicas en el continente, el clima que se respiraba era el de desconocimiento, de desconfianza mutua y no pocas veces de enemistad agresiva.

El católico consideraba al protestante como el intruso (generalmente de origen anglosajón), de mala fe, que le trata como pagano, usa un vocabulario hiriente y echa por tierra todo lo que él creía como fundamental en su religión: devociones marianas, procesiones, misa...

El protestante veía al católico como el "no creyente" supersticioso, desconocedor de la Palabra de Dios y por lo tanto casi pagano, que pertenece a una Iglesia que es identificada en no pocas comunidades pentecostales y milenaristas como la personificación del anticristo apocalíptico.

Entre estas dos mentalidades extremas bien se ve que no puede darse entendimiento y mucho menos unión. Sin embargo, hoy las posiciones extremistas van siendo cada vez más raras y, gracias a Dios, se va notando un cambio de clima. La atmósfera empieza a clarearse.

Caminos del ecumenismo

Por encima de todas estas dificultades, que hay que conocerlas para procurar solucionarlas, está el supremo deseo de Jesucristo por la Unidad: "Que todos sean uno... para que el mundo crea que tú me has enviado". (Jn. 17,21). Al pedírselo al Padre, Jesucristo nos estaba diciendo que es ante todo un don de Dios y no cosa humana. Pero esta unión no vendrá a nosotros si no hacemos por cooperar y, unos con otros, preparar el camino.

Pasos previos:

El frío creado por la tirantez y el recelo secular no se rompe en unos días. Hay que dar primero unos pasos previos que hagan deseable la unión.

Lo primero es *acercarnos unos a otros para conocernos*: fomentar los encuentros entre las diversas denominaciones cristianas, dialogar, tender la mano a todos los hermanos. Precisamente la desunión entre nosotros ha aumentado de día en día por ese desconocimiento mutuo que apuntábamos antes, y de ahí las sospechas y desconfianza. Este será además el primer testimonio que daremos, a los que no creen, de nuestra buena voluntad.

En segundo lugar *orar juntos*: sentirnos hermanos, hijos del mismo Padre, de la misma familia, que hablamos con el mismo idioma y que Dios nos responde con la misma Palabra. Si buscamos juntos la solución en Dios, Él nos la dará.

En tercer lugar *unidad en la acción exterior*. En países de tantas necesidades como son los latinoamericanos es imprescindible la unión en un solo frente para luchar contra la miseria y el hambre, contra la injusticia social y la ignorancia. Y como escribía el pastor chileno Samuel Ara-

ya en la revista católica "Teología y Vida" (Santiago de Chile, abril-junio 1966) "como discípulos enviados en misión al mundo, tenemos que velar por la imagen de responsabilidad que proyectamos al mundo. Una imagen fragmentada o monopolizadora no sólo distorsiona la imagen de Cristo frente al mundo, sino que crea sospecha e indiferencia".

Espíritu ecuménico básico:

Para poder comprender a nuestros hermanos separados hay que acercarse a ellos con las actitudes básicas de un profundo cristianismo:

Primera: *creer en la sinceridad de la fe* de los otros. Partir de la base de su buena fe en buscar al Señor con toda su alma y a quien el mismo Señor le ha salido al encuentro. No condenar a nadie por el solo hecho de que no piensa igual que yo. Cuando esta confianza sea mutua y no dudemos de la lealtad de nuestros hermanos en su fe, habremos empezado a caminar por el verdadero ecumenismo.

La segunda actitud es la de *insistir más en lo que une* que en lo que separa: nuestra común fe en Jesús Salvador. Es una tendencia muy latina la de fijarse casi exclusivamente en las diferencias, hacer bandos y y partidos sin fin, crear divergencias aun dentro de los propios correligionarios. Es esencial para el ecumenismo superar esta actitud empujadora. Es vital hoy día que nos unamos en lo fundamental para hacer frente a los que quieren atacarlo, para ayudar a todos los que no lo poseen a adquirirlo.

La tercera es *estar siempre dispuestos a ayudar a los otros a ser fieles* en su fe. Fieles a su propia conciencia, cada cual según el don recibido. Dispuestos a ayudarles a avanzar en su fe, aunque no coincida en todo con la mía. Esta actitud es ciertamente mucho más evangélica y cristiana que no el proselitismo a ultranza que busca el número, pero no la interiorización del Evangelio.

Testimonio ecuménico del pastor Roger Shutz

Llegando a este punto es obligado citar aquí el testimonio de una de las mayores autoridades ecuménicas de la actualidad, el pastor Roger Schutz, Prior de la comunidad reformada de Taizé y de quien hemos tratado en otra ocasión (Proyección, n. 48, febr. 1966, pág. 60 ss.).

Sus esfuerzos se han orientado en estos últimos años en ayuda de América Latina. Por ejemplo en el plano práctico, la colaboración con el episcopado chileno para la formación de todo un personal calificado para la reforma agraria, y en el plano bíblico el envío de un millón de ejemplares del Nuevo Testamento en español en una traducción ecuménica.

Sus numerosos contactos con el episcopado católico sudamericano le han dado un profundo conocimiento de la situación religiosa en estos países.

Así ve él la situación ecuménica de Latinoamérica:

"Una buena parte del protestantismo manifiesta frente al catolicismo una actitud conquistadora. Son numerosos los protestantes que, ante las tensiones que oponen y opondrán entre ellos los católicos, esperan una

especie de estallido del catolicismo. Para una conciencia protestante purista más vale una iglesia poco numerosa, purificada de los tibios y de los vividores, desembarazada de la vieja levadura de la hipocresía y del conformismo.

En el trasfondo de la conciencia protestante muy a menudo se inscribe una opción a favor de las rupturas. Se prefiere separar a los hombres de la tradición, de los conformismos, que encarnan la oposición reaccionaria, en vez de apoyarlos. Esto es porque no se puede o no se quiere pasar un período de crisis conjunta que rompa con sus semejantes. Ahora bien, a menudo sólo pueden juzgarse las consecuencias de una ruptura a larga distancia. En cuanto a nosotros, será quizá en el futuro cuando comprobaremos y sufriremos más pesadamente las consecuencias de cuatro siglos de divisiones entre los cristianos. Es necesario reconocerlo: toda ruptura, que por el momento suprime la tensión, es, en definitiva, un empobrecimiento. Pero nosotros no podemos desear a ningún cristiano, y aún menos a toda una cristiandad, este empobrecimiento. De suerte que, para ir a la América Latina a aplicar este principio, lejos de crear oposición entre los católicos, los protestantes responderían a una vocación fundamental del Evangelio, siendo, por encima de todo, fermentos de unidad.

No puede aceptarse de ningún modo el desmantelamiento de lo que existe, sino por el contrario, ayudar a la superación, que es la única que permite salir de una crisis con mayor enriquecimiento y fuerza. Guardarse, por tanto, de las falsas victorias que se cree tener cuando se ha impuesto una idea personal. He aquí la actitud de un verdadero realismo cristiano.

Al juzgar desde fuera una vieja tradición cristiana, como es la tradición católica de América Latina, estamos exponiéndonos a sustituir el buen grano con la cizaña. Arrancar a los hombres de su confesión es arriesgarse a sacarlos de una situación sociológica en la cual la gracia de Dios podría tocarlos abundantemente y sacarlos del lugar donde podría renacer una verdadera fe en la línea de una continuidad.

En resumen, aprender a mirar al cristianismo en su cara con la mirada misma de Cristo. Considerar en el otro lo mejor que Dios ha depositado en él, y ¿no es esto acaso el mismo Cristo? Esta consideración prepara el camino para respetar y amar al hermano católico, y al mismo tiempo, para descubrir los tesoros insospechados que Dios ha depositado en él". ("L'Unité, Esperance de Vie", Les Presses de Taizé, 1963).

Todo comentario está de más. Tanto católicos, como protestantes podemos aprender mucho del espíritu profundamente fraternal y cristiano que forma la base de estas líneas y que es necesario para construir en Cristo.

Sin embargo, de los católicos ha de partir la iniciativa en Latinoamérica hacia la unidad, porque los prejuicios se han concentrado más bien hacia ellos. La Iglesia Católica ha aparecido a la mayoría como una iglesia triunfalista, prepotente e intransigente. Afortunadamente hoy ha salido del Concilio mostrando su verdadera cara: la de ser servidora de todos.